

Los dos análisis indicados se resienten de la teoría de Thomas Hobbes según la cual la condición *natural* del hombre es la de una guerra perpetua de todos contra todos. La sociedad es una creación artificial definida por la libertad de un hombre contra la misma libertad de otros hombres. Como Hobbes, nuestros autores sostienen que en el estado natural no existen “artes, ni letras, ni sociedad; sino que, lo que es peor, existe un miedo constante y un constante peligro de muerte violenta; y la vida del hombre transcurre solitaria, pobre, embrutecida y breve”. Una única fuerza empuja al hombre hacia la sociedad política y económica, el miedo recíproco. En el mejor de los casos, el fundamento de la sociedad está en la obligación de amar a los demás por obediencia.

Pero ante los hechos del 11 de septiembre nos podemos colocar de otra manera. En la perspectiva cristiana lo que ha marcado el inicio del nuevo siglo ha sido el Año jubilar. *Natural* para el hombre es la virtud, no la violencia. El terrorismo va condenado en la forma más absoluta. La violencia tiene que ser arrancada de lo que es natural para el hombre, es decir el amor y la amistad, la oración y la contemplación, que son las expresiones más altas del humanismo cristiano. Juan Pablo II en la carta encíclica *Veritatis splendor* dice que “es indispensable una especie de “*connaturalidad*” entre el hombre y el verdadero bien” (n.64). Entonces, no es el miedo recíproco lo que empuja a los pueblos hacia la sociedad política, sino una natural inclinación humana hacia la vida social. Y el fundamento más profundo de esta inclinación está en el deseo que el hombre tiene de amistad, de cariño y de amor. Esta inclinación natural hacia la amistad encuentra su primera realización en el amor entre los miembros de una misma familia, que después se alarga para abrazar a otras comunidades hasta llegar a acoger a toda la humanidad.

Comentado la doctrina de Aristóteles sobre la amistad, Santo Tomás de Aquino afirma que de todos los bienes que nos son útiles, la amistad es el más alto y el más deseable, porque “quién quiere vivir sin amigos, aunque tenga muchos bienes?”. El origen de la sociedad está identificado con el vínculo de la amistad que une de forma natural a los hombres. Y, según Aristóteles, el objetivo de la ley y de la vida política, además de la justicia, es precisamente el de fomentar la amistad entre los ciudadanos.

La amistad cristiana se caracteriza sobre todo por la obediencia por amor. No hay duda de que el primado de la dimensión vertical de la vida prevalece sobre la dimensión horizontal. Los cristianos tienen que confrontarse con la violencia dando absoluta prioridad a la Cruz de Cristo. Santo Tomás define la caridad como amistad con Dios. La obra del Espíritu Santo es obra de amistad. Jesús dijo a sus discípulos: “No os llamo ya siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su amo; a vosotros os he llamado amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer” (Jn 15, 15).